

TRATADO DE SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR SOBRE LA MUERTE

(Traducido del francés)

La mayoría de vosotros posee una fe firme, un juicio sólido. Vuestra alma, unida a Dios, no se turba ante los males de esta vida. Como una roca, resiste a los ataques del mundo, a las olas impetuosas de este tiempo, y sale de la tentación probada pero no vencida. Sin embargo, hay entre vosotros quienes, a causa de la debilidad de su carácter, de la poca fuerza de su fe, del encanto de las cosas creadas, de la molicie de su sexo, y lo que es más grave aún, de los errores que oscurecen la verdad, vacilan en el camino de la salvación y no piensan en aprovechar la gracia divina, que dormita en sus corazones. Me ha parecido que tenía que dirigirme a ellos con toda franqueza. Así, a pesar de mi debilidad, vengo a combatir, con la Palabra de Dios, el abandono que paraliza sus almas demasiado delicadas y recordarles que, como cristianos, deben ser dignos de Dios y de Cristo.

El soldado de Cristo, queridos hermanos, debe primero conocerse a sí mismo. Situado en el campamento del Señor, suspira tras los bienes eternos. No os dejéis ni asustar ni siquiera detener por las tempestades de este mundo: han sido predichas por el Maestro divino. ¿Habéis olvidado que, para instruir su gente y fortalecer a su Iglesia contra los males venideros, anunció guerras, hambres, pestes, terremotos? Más aún, para que estos terribles sucesos no llegaran a sorprenderos de improviso, predijo cuándo sucederían: es al final de los tiempos cuando deben de cumplirse. La profecía se ha cumplido, y por eso, podemos concluir que las otras predicciones se cumplirán también, pues dijo el Señor: cuando veáis todas estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca (Lc. 21). Sí, queridos hermanos, el reino de Dios está cerca; el mundo pasa y vamos a gozar de la vida verdadera, de la salvación, de la felicidad eterna, del Paraíso que habíamos perdido. Ya el cielo sucede a la tierra, la grandeza a la miseria, la eternidad a la nada.

¿Quién pues, ante tales bienes, se rendirá ante la duda y la angustia? Quien se dejará llevar por el temor y la tristeza, si le queda todavía un rayo de fe y de esperanza? Tememos la muerte cuando no queremos ir hacia Cristo; no queremos ir hacia Cristo cuando no esperamos reinar con él. Está escrito que el justo vive por la fe. ¿Si sois justos, si vivís por la fe, si creéis verdaderamente en Dios, por qué no acoger con diligencia la voz de Cristo que os llama, pues debéis reinar con él y tenéis fe en sus promesas? ¿Por qué no gozaros de estar a salvo de los ataques del demonio? Simeón, el justo por excelencia, cumplió con una fe plena y entera los preceptos del Señor. Recibió del Cielo la promesa de que no moriría hasta de ver a Cristo. Jesús se presenta en el templo, en brazos de su Madre; cuando lo ve, el anciano reconoce al Mesías, tema de tantas profecías; sabe que su última hora ha llegado; ebrio de alegría, toma al niño entre sus brazos y, seguro de ocupar su

lugar en el reino celeste, exclama: Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador. (Lc. 2)

Mostraba así, que para los siervos de Dios sólo hay verdadera paz, libertad, y tranquilidad, cuando, después de haber atravesado los torbellinos de este mundo, llegan al puerto de la seguridad eterna; cuando, vencedores ya de la muerte, se revistan de inmortalidad. Allí, en efecto, se encuentra para nosotros la paz, la tranquilidad, el reposo eterno.

¿Acaso la vida en este mundo no es una lucha continua con el demonio? ¿Acaso no tenemos que rechazar todos los días sus ataques asesinos? La avaricia, la impureza, la ira, la ambición, son los enemigos que debemos combatir; todos los días, tenemos que luchar con dificultad contra los vicios de la carne y las seducciones de este tiempo. El alma humana, asediada como una fortaleza por la malicia del demonio, apenas puede hacer frente y resistir todos sus ataques. Si derrotáis la avaricia, la impureza se yergue contra vosotros; si asfixiáis la impureza, viene la ambición; si despreciáis la ambición, hete aquí inflamados de ira, hinchados de orgullo, atraídos por la sensualidad; atacados por los celos y la envidia, que rompen entre nosotros los vínculos de la concordia y la amistad. La maldición sube a vuestros labios, a pesar de que la ley divina lo prohíbe; os veis obligados a jurar, y sin embargo no está permitido. Tenemos tantas persecuciones que padecer, tantos peligros que superar, y sin embargo queremos alargar nuestra estancia en este mundo, en medio de los poderes del demonio. ¡Ay, cuánto más sería de prudentes invocar la ayuda de la muerte para apresurar nuestro regreso junto a Cristo! En verdad, nos dice él, llorareis y os lamentareis, y el mundo se alegrará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría (Jn. 16, 20) ¿Quién no desearía estar sin tristezas, ir a toda prisa tras la alegría?

Ahora bien, el Señor nos dice cuándo nuestra tristeza se convertirá en gozo: Os volveré a ver, dijo, y vuestro corazón se alegrará y nadie os podrá quitar vuestro gozo (Jn. 16, 20). Puesto que nuestro gozo consiste en ver a Cristo, y que no éste no puede existir sin su visión, ¡qué ceguera, qué locura, querer las desgracias, las penas, las lágrimas de esta vida, y no apresurar con nuestros deseos la venida de esta felicidad que nadie nos puede arrebatarnos!

La causa de este trastorno, queridos hermanos, es la falta de fe. Nadie cree en la realidad de las promesas del Dios que es la verdad misma, del Dios cuya palabra es eterna e inmutable. Si un hombre serio y honesto os hiciera una promesa, creeríais en su palabra, lo consideraríais incapaz de engañaros, porque sabéis que es sincero en sus palabras y en sus actos. Y mira por dónde Dios os habla, ¡y vosotros, hombres de poca fe, estáis indecisos y dubitativos!

Dios, cuando salgáis de este mundo, os promete la inmortalidad y la eternidad bienaventurada, ¡y dudáis! Esto no es conocer a Dios, es ofender a Cristo, maestro

de los creyentes, a acusa de vuestra incredulidad; es falta de fe en la Iglesia, que es el santuario de la fe.

¿Queréis saber cuan ventajoso es dejar esta vida? Escuchad a Cristo que conocía tan bien lo que nos convenía. Como sus discípulos se entristecieron porque les había anunciado su próxima partida, les dijo: Si me amarais os alegraríais porque yo vuelvo al Padre (Jn. 14). Nos enseña con estas palabras que cuando nuestros seres queridos salen de este mundo, tenemos que sentir más alegría que dolor. El gran apóstol recordaba estas verdades cuando escribía: para mí la vida es Cristo, y morir una ganancia (Fil. 1). Miraba como una ganancia romper los lazos que le unían a este mundo, no ser ya más atacado por los vicios y exigencias de la carne, de elevarse por encima de las tribulaciones de este mundo, y , libre al fin de las asechanzas del demonio, seguir la voz de Cristo que le llamaba al reino celeste.

Pero algunos se extrañan de ver la propagación de esta mentalidad tanto entre los fieles como entre los idólatras. ¿Nos hacemos por tanto cristianos para protegernos de los dolores de esta vida, para gozar de todas las felicidades de este mundo, y no para sufrir aquí toda clase de adversidades con vistas al gozo futuro? Hay algunos que se sorprenden de ver que la muerte nos afecta como a los demás. Pero en este mundo, todo lo tenemos igual que el resto de los hombres, pues según las leyes de la naturaleza, tenemos la misma carne. Mientras permanecemos en esta tierra, pertenecemos al género humano por el cuerpo, aunque separados por el espíritu. Así, mientras esperamos que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, que esta carne sometida a la muerte se convierta en inmortal y que el Espíritu nos conduzca a Dios Padre, todas las incomodidades corporales, sean las que fueren, son iguales para todos. Cuando la tierra nos niega sus frutos, el hambre afecta a todos. Cuando una ciudad cae en manos enemigas, todos los ciudadanos se convierten en cautivos. Cuando la calma implacable en el cielo impide que caiga la lluvia, la sequía es igual para todos.

Cuando un barco se estrella contra las rocas, todos los pasajeros, sin excepción, perecen en el naufragio. Es lo mismo con todas las enfermedades: dolor de ojos, fiebre, enfermedades de las extremidades; son iguales al resto de los hombres, porque tenemos la misma carne. Más aun, si el cristiano tiene una idea exacta de su misión en la tierra, comprenderá que sus pruebas deben ser más numerosas que las de los otros hombres, puesto que sus combates con el demonio son más frecuentes. Este es el aviso que nos da la Escritura: Hijo mío, si te llegas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba. Y más adelante: Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y en los reveses de tu humillación sé paciente. Porque en el fuego se purifica el oro, y los aceptos a Dios en el honor de la humillación (Eclo. 2). Así también Job, tras la pérdida de sus bienes y la muerte de sus hijos, cubierto él mismo de llagas y gusanos, no fue vencido sino purificado por la prueba. Ved cómo el heroísmo de su paciencia brilla en medio de tantos combates y dolores: El

Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea su nombre (Job 1) Su esposa le lo empujaba a quejarse y blasfemar contra Dios en medio de tanto sufrimiento: hablas como una insensata, le respondió el patriarca. ¿Si aceptamos de Dios los bienes, por qué no aceptaremos los males? Así, en todas estas cosas, Job no pecó con sus labios contra Dios. Por eso Dios dio testimonio de él diciendo: ¿Has visto a mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra. Es un hombre sin tacha, un verdadero siervo de Dios.

Tobías, después de tantas buenas obras, tras ganarse los elogios de sus compatriotas debido a su misericordia, se vuelve ciego; sigue temiendo y bendiciendo a Dios en la adversidad, y la pérdida de sus fuerzas sólo sirve para hacerlo más santo. Su esposa trata también de pervertirlo: ¿Dónde están, dice, tus buenas obras? Mira cuánto sufres (Tob., II.). Pero él, firme en el temor del Señor, encontrando en su fe la fuerza para hacer frente a todos los dolores, resistió a las incitaciones de su esposa y mereció por su paciencia gozar de las bendiciones de Dios. Así, el ángel Rafael le alaba en estos términos: Es bueno revelar y publicar las obras de Dios. Cuando tú y Sara hacíais oración, era yo el que presentaba a Dios vuestra oración. Y lo mismo hacía cuando enterrabas a los muertos y dejabas tu comida a prisa para cumplir ese triste deber. Ahora Dios me ha enviado para sanarte y para liberar a Sara, la esposa de tu hijo. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están y habitan ante la majestad de Dios (Tob. XII).

Los apóstoles, guiados por la ley del Señor, tenían por regla no murmurar en la adversidad, soportar con ánimo y paciencia todos los acontecimientos de este mundo. Los judíos, por el contrario, ofendían a Dios con sus continuas murmuraciones, como lo demuestra el libro de los Números: Que dejen de murmurar contra mí, dice el Señor, y no morirán.

No murmuremos pues, queridos hermanos, soportemos todo con ánimo, pues está escrito: Un corazón contrito y humillado Dios no lo rechaza (Sal. 50). En el Deuteronomio, Moisés, inspirado por el Espíritu Santo, nos da la misma lección: El Señor vuestro Dios os pondrá a prueba enviando el hambre, para ver si guardáis o no sus mandamientos. El Señor os prueba para saber si le amáis con todo el corazón y con toda el alma. (Dt. 13). Abraham fue agradable a Dios porque quiso sacrificar a su hijo por complacerle. ¿Vosotros que no podéis aceptar la pérdida de un hijo, condenado ya a muerte por las leyes naturales, qué haríais si recibierais la orden de inmolarlo? La fe y el temor de Dios nos deben preparar para todos los acontecimientos. Ya sea la pérdida de vuestra fortuna, la enfermedad que viene a atormentar vuestro cuerpo, la muerte de vuestra esposa y de vuestros hijos, por los cuales no podeis hacer otra cosa que llorar, mirad todos esos accidentes no como ocasiones de caída sino como combates. Lejos de debilitar o quebrar la fe del cristiano, manifiestan por el contrario su ánimo en la lucha: desprecia los dolores de esta vida porque cuenta con los bienes eternos. Sin combate, no hay victoria;

mas, después de la victoria, le espera la corona del vencedor. El timonel se manifiesta en la tempestad, el soldado en la batalla. Sería ridículo presumir cuando no hay peligro; es la lucha contra la adversidad la que saca a relucir las cualidades serias y sólidas.

El árbol cuyas raíces penetran profundamente en el suelo resiste las tormentas; la nave sólidamente construida es sacudida por las olas sin romperse. Cuando se aventan el trigo, los granos fuertes y pesados resisten la acción del viento, que sólo se lleva la paja inútil. También el apóstol san Pablo, después de todos sus naufragios, flagelaciones, tormentos infringidos a su cuerpo, ve en las adversidades pruebas de las cuales debe salir su virtud más pura y verdadera.

Para reprimir mi orgullo, dice, me ha sido dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me golpea. Tres veces le he pedido al Señor que me librara de ello, y él me ha respondido que te basta mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la debilidad (2 Co. XII). Así que cuando estamos frente a la debilidad, la enfermedad o cualquier calamidad, nuestra virtud recibe su perfeccionamiento, y nuestra fe, firme en la prueba, merece la corona. El crisol, dice el Espíritu Santo, prueba las vasijas del alfarero y la tribulación a los hombres justos. (Eclo. 27).

Hay una gran diferencia entre nosotros y los que no conocen al Dios verdadero. Estos, en la adversidad, se quejan y murmuran; para nosotros, las desgracias de este mundo lejos de alejarnos de la virtud y de la fe, nos hacen más fuertes. Aunque la confusión en nuestras entrañas agote nuestras fuerzas, que ese fuego misterioso que se enciende dentro llene de úlceras la garganta; que los vómitos continuos desgarran nuestro pecho; que nuestros ojos estén inyectados en sangre; que algunos contagiados le tienen que amputar los pies o cualquier otro miembro; que una languidez mortal acapara nuestro cuerpo agotado y debilita nuestro caminar, paraliza nuestros oídos, oscurece nuestros ojos: todo esto son medios por los cuales nuestra fe se ilumina y perfecciona. ¿Desarrollar todo nuestro esfuerzo contra los ataques mortales de una calamidad, no es de un alma grande? ¿estar en pie, en medio de las ruinas del género humano, mientras que los que no esperan en Dios quedan postrados, no es el colmo de la gloria? ¡Ah! Celebremos nuestras desgracias, sabiendo sacar partido de ellas, ya que manifestando nuestra fe y sufriendo por Cristo llegamos por la vía estrecha a la recompensa que él nos tiene destinada. Que tema morir aquel que dejando esta vida será atormentado por las llamas. Que tema morir aquel cuya última hora es atrasada sólo para retardar sus torturas y sus gemidos. No así para los cristianos: mueren bajo la plaga, pero para ellos la muerte es la liberación. Los judíos, los idólatras, los enemigos de Cristo, sólo ven una calamidad en la muerte que nos aflige; los siervos de Dios la ven como la entrada al puerto de la salvación. Tanto justos como pecadores son alcanzados por la muerte, sin ninguna distinción, es verdad; pero no creáis que su destino sea el mismo. Los justos son llamados a los gozos del cielo, los malvados a

los suplicios eternos; la muerte sólo acelera la recompensa de unos y el castigo de los otros. Pagamos con ingratitud los beneficios de Dios, queridos hermanos, porque no conocemos el premio. Ahí están nuestras vírgenes jóvenes que dejan este mundo con toda su gloria, y que no temen ni las amenazas ni la corrupción del anticristo que va a aparecer. Ahí están nuestros jóvenes que escapan al peligro de las pasiones y que, sin haber combatido, reciben la corona de la inocencia. Las mujeres delicadas no tienen ya que temer los tormentos: una muerte rápida las protege de la persecución y de las manos del verdugo. El miedo a la muerte, que la calamidad tiene suspendida sobre nuestras cabezas, inflama a los tibios, anima a los cobardes, trae de vuelta a los rigores de la regla aquellos que se habían apartado de ella. Este temor saludable llama a nuestras filas a los desertores, y fuerza los paganos a penetrarse de las enseñanzas de la fe. Así, mientras que los veteranos de guerra en la Iglesia van hacia el descanso, veo formarse un nuevo ejército más fuerte aun que el primero; marcha hacia el combate sin temor a la muerte y viene a llenar los vacíos que la calamidad ha hecho en nuestras filas.

¿qué os diría todavía queridos hermanos? ¿No es justo y necesario que la plaga, que parece tan horrible y lúgubre, venga a probar nuestras almas y manifestar nuestra fe? Sí, habría que ver si los hombres sanos vendrían a socorrer a los enfermos; si los miembros de la familia se amarían verdaderamente entre sí; si los dueños tendrían piedad de sus esclavos sufrientes; si los médicos serían sensibles a las súplicas de los enfermos; si los orgullosos pondrían fin a sus violencias; si los avaros, frente a la muerte, sabrían reprimir su codicia insaciable; si los soberbios se resignarían a agachar la cabeza, los perversos a templar su audacia; si los ricos, viendo morir a sus herederos, decidirían por fin a dar con largueza a los pobres. Aun cuando la calamidad sólo nos mostrara la muerte frente a frente, ya sería una gran beneficio para los cristianos. Afrontando la muerte, aprendemos a desear el martirio. Este espectáculo fúnebre es para nosotros un ejercicio: nuestra alma saca de ello nuevas fuerzas y, despreciando la muerte, se prepara a recibir la corona.

Pero creo que me podréis objetar: si yo estaba dispuesto a confesar el nombre de Cristo; me había consagrado al sufrimiento, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas puedo verme privado de la palma del martirio si soy sorprendido por la muerte. Respondería primero que el martirio depende, no de nosotros, sino de la gracia divina; desconocéis si sois dignos de recibirlo, por tanto no podéis decir que lo habéis perdido. En segundo lugar, Dios escruta los riñones y el corazón; él conoce vuestros pensamientos más secretos, os ve, os alaba, os aprueba. Si él reconoce que estáis preparados para el martirio, recompensará vuestro ánimo. Cuando Caín ofrecía a Dios sus presentes no había matado todavía su hermano, y sin embargo Dios, que conoce el futuro, condenó un crimen que no existían más que en la mente del culpable. Si Dios lee en los misterios del porvenir un proyecto criminal, ¿por qué no coronaría en sus siervos el amor del bien, la decisión de dar testimonio de él, el deseo del martirio? El alma puede sentirse débil ante el

martirio, o traicionar los deseos del alma. Tal y como sois en el momento que Dios os llama, así seréis juzgados por él; pues dice: todas las iglesias sabrán que soy yo el que escruta los riñones y el corazón (Ap. 2)

Dios no pide nuestra sangre, sino nuestra fe. Abrahán, Isaac y Jacob no perecieron por la espada: no obstante su fe y su santidad les da el primer lugar entre los patriarcas, y se reúnen con ellos todos los fieles que han encontrado gracia ante Dios. Es la voluntad divina y no la nuestra la que debemos hacer, como nos lo enseña la oración del Señor. ¡Qué locura! ¡Pedir que se cumpla la voluntad divina y no obedecer a la orden de Dios, cuando nos llama a salir de este mundo! Nos resistimos con todas nuestras fuerzas; como siervos rebeldes, llegamos tristes y afligidos a la presencia del maestro; lo que nos hace dejar este mundo es una necesidad fatal y no la sumisión de nuestra voluntad. Vamos hacia Dios a pesar de nosotros: ¿y esperamos de él la recompensa del cielo? ¿Por qué pedir la venida del reino de Dios, si la esclavitud de este mundo tiene para nosotros tantos encantos? ¿Por qué hacer esta oración, si preferimos ser en este mundo esclavos del demonio en vez de reinar con Cristo? Dios ha tenido a bien manifestarnos los secretos de su providencia; nos ha enseñado que él se ocupa de la salvación de los suyos. Uno de nuestros presbíteros, debilitado por la enfermedad, llegaba a su fin. Oraba a Dios para que lo retirara de este mundo, cuando vio aparecer un hombre joven radiante de gloria y majestad. Era alto de estatura, su rostro era radiante. El ojo humano no puede soportar tanta claridad, a menos que, en el momento de dejar esta vida, adquiera una fuerza nueva. El joven se estremeció y exclamó con indignación: vosotros tenéis miedo a sufrir, no queréis dejar este mundo. ¿cómo tengo que trataros? Estas palabras encierran a la vez un reproche y una advertencia. Se dirigen a los que temen la persecución y a los que dudan en el umbral de la tumba, para reprimir en ellos los deseos del mundo y fijar su pensamiento en el futuro. El Presbítero cuando expiraba oyó estas palabras que el mensajero celeste dirigió al pueblo cristiano. No eran para él, sino para nosotros: las escuchó sólo para repetir las. ¿Qué tenía que aprender, cuando iba a dejar esta vida? Somos nosotros los que debemos aprender la lección. Al ver reprendido así un presbítero del Señor, que suspiraba por la muerte, aprendamos a conocer lo que de verdad nos conviene.

Y yo también, el más pequeño y el último de vosotros, he recibido a menudo revelaciones parecidas; a menudo la gracia divina ha venido a iluminarme. No dejo de decir y enseñar públicamente que no debemos de llorar a nuestros hermanos, cuando llamados por el Señor, salen de este mundo. No se han perdido para nosotros, sino que van por delante; no se alejan, van a esperarnos allá arriba, después de haber completado con nosotros su peregrinación. Debemos echarlos de menos, pero no llorarlos. ¿de qué sirven los vestidos de luto, cuando ellos se han revestido en el cielo de la vestidura blanca? No demos pié a las críticas de los paganos: tienen razón cuando nos reprochan que lloramos como si hubiéramos

perdido para siempre a aquellas almas que decimos que están vivas junto a Dios; tienen razón cuando se quejan de no encontrar en nuestros hechos la fe que expresamos con nuestras palabras. Actuar de esta manera sería mentir a nuestra esperanza y a nuestra fe; nuestro lenguaje sería el de un comediante. ¿Qué importa si la virtud brilla en nuestras palabras, cuando nuestros actos lo desmienten? El apóstol San Pablo condena a los que, tras la muerte de sus familiares, se dejan llevar por una tristeza excesiva: Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús (1 Tes.4) Según el apóstol, son los hombres sin esperanza los que se entristecen por la pérdida de sus familiares. Pero nosotros que vivimos de la esperanza, que creemos en Dios, que sabemos que Cristo ha muerto y resucitado por nosotros, nosotros que permanecemos en Cristo y que resucitaremos por él y en él ¿por qué no queremos dejar esta vida , o bien por qué lloramos a los que se van, como si desaparecieran para siempre? Y sin embargo Jesús nos dijo: Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre (Jn.11) Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus promesas, y seguros de evitar la muerte, unámonos a él, pues con él debemos vivir y reinar para siempre. Morir es pasar a la inmortalidad; no podemos llegar a la vida eterna si no dejamos este mundo. La muerte no es pues un exilio, es un paso que nos lleva del tiempo a la eternidad.

¿Quién no se daría prisa por conseguir un porvenir mejor? ¿Quién no quisiera ser semejante a Cristo y llegar a la dignidad de la gracia celeste? El apóstol san Pablo nos dice: somos ciudadanos del cielo, él transformará este cuerpo haciéndolo semejante al suyo. Así seremos nosotros, según la promesa de Cristo. Él quiere que seamos felices en las moradas eternas con él. Padre, dijo, quiero que los que me has dado estén conmigo, y que vean la gloria que me diste antes del origen del mundo (Jn. 16). ¡Y nosotros lloraremos, gemiremos, cuando marchemos hacia la morada de Cristo y hacia el reino de los cielos! ¡ Ay! Más bien, confiando en la promesas del Señor que es completamente cierta, gocémonos de nuestra salida y de nuestro traslado. Henoc, dice el Génesis, fue agradable a Dios, y ya no apareció más sobre la tierra, porque Dios lo trasladó a una estancia mejor (Gn.5) Así Dios recompensó al patriarca, librándolo de la corrupción de este mundo. El espíritu Santo nos enseña también, por boca de Salomón, que los que son agradables a Dios dejan este mundo antes que los otros, no vaya a ser que alargando aquí su estancia, se corrompan. Ha sido llevado, dice el libro de la sabiduría, no sea que el mal corrompa su inteligencia. Su alma era agradable a Dios, y por eso se apresuró de retirarlo de en medio de la iniquidad (Sab.4). Los salmos nos presentan igualmente el alma devota impulsada hacia Dios con las alas de la fe: qué amables son tus moradas Señor, mi alma te ansía y anhela los atrios del Señor (Sal. S3).

Comprendo que quieran quedarse más tiempo en el mundo los que son amados por el mundo, los que se dejan capturar por los cebos del placer. Pero el mundo odia al cristiano: ¿por qué pues, amáis a vuestro enemigo? ¿Por qué no seguís más bien a Cristo, que os ha redimido y que os ama? San Juan, en su epístola, nos exhorta a no seguir ya los deseos de la carne: no améis el mundo, dice, y lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él, pues lo que hay en el mundo es la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida. Todo eso no viene del Padre, sino del mundo. Pero el mundo pasará con su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios, vivirá eternamente, como Dios mismo (1 Jn. 2)

Por tanto, queridos hermanos, reanimemos nuestra fe, fortifiquemos nuestra alma, preparémonos a cumplir la voluntad divina y desterrando todo miedo a la muerte, pensemos en la inmortalidad que viene después. Que nuestra conducta concuerde con nuestra creencia: no lloremos más la pérdida de nuestros seres queridos y cuando la hora de salida suene para nosotros, vayamos sin vacilación y sin retraso junto al Dios que nos llama. Tal debe ser en todo tiempo la conducta de los siervos de Dios, pero sobre todo en nuestro tiempo. Vemos en efecto hundirse el mundo bajo las calamidades que lo invaden por todas partes. El presente es bastante triste; el futuro será más triste todavía; para nosotros es pues una ventaja dejar pronto esta vida. Si vierais los muros de vuestra casa temblar, el techo hundirse, el edificio todo entero (pues los edificios perecen también de antigüedad) amenazaros con una próxima ruina ¿no os darías prisa por huir de él? Si estuvierais a punto de hundiros en el mar por una violenta tempestad, si las olas que se levantan os amenazaran con un próximo naufragio ¿no os darías prisa por ganar el puerto? ¡Sin embargo, observad, el mundo tiembla, cae; ya no es la vejez, es el fin de las cosas: todo anuncia una ruina inminente; y cuando Dios, por una llamada prematura, os arranca de tantas ruinas, de naufragios, de calamidades de todo tipo, no se lo agradecéis, no os congratuláis! Consideremos, queridos hermanos, que hemos renunciado al mundo, y que estamos en la tierra como extranjeros e itinerantes. Saludemos el día que asigna a cada uno su verdadero domicilio, el día que nos libra de los lazos de esta vida para devolvernos al paraíso y al reino de los cielos. ¿Quién pues, viviendo en tierra extranjera, no tendría prisa por volver a su patria? ¿Quién atravesando los mares para volver con su familia, no desearía un viento favorable para abrazar cuanto antes sus seres queridos? Nuestra patria es el cielo: allí se encuentran nuestros antepasados, es decir, los patriarcas: ¿por qué no darnos prisa para gozar de su presencia? Allí nos esperan los que amamos: nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, la asamblea completa de los bienaventurados, seguros de su inmortalidad, pero inquietos por nuestra salvación. ¡Qué felicidad para ellos y para nosotros volverse a encontrar, reunirnos de nuevo! ¡Qué placer vivir en el reino de los cielos sin temor ya a morir y con la certeza de vivir eternamente! ¿Puede haber una felicidad

más completa? Allí se encuentra la asamblea gloriosa de los apóstoles, el coro de los profetas, el grupo innumerable de mártires victoriosos en los combates y en el sufrimiento. Allí están las vírgenes triunfantes que han sometido a las leyes de la castidad la concupiscencia de la carne. Allí están los misericordiosos que han distribuido a los pobres abundantes limosnas y que, según el precepto del Señor, trasladaron su patrimonio terrestre a los tesoros del cielo. Apresurémonos pues, hermanos, para unirnos a esta augusta asamblea; deseemos estar pronto con ellos en presencia de Cristo. Que este pensamiento lo vea Dios en nosotros; que Cristo nuestro maestro lo encuentre grabado en nuestros corazones. Cuanto más ardientes sean nuestros deseos, más abundante será también la recompensa que nos corresponde.